

Ana tenía ocho años. Ana creía que el ocho era un número mágico, eran dos círculos unidos por un punto. Su hermana gemela se llamaba Ada, eran como dos gotas de agua unidas por un cordón umbilical. Como sus años. Como sus nombres. Eran iguales en todo menos en una letra. Una letra que no era nada pero era todo. Ada era locuaz y parlanchina. Hacía fuera. Iba con toda su melena rubia sujeta con una diadema. Ana era tímida y observadora, indagando todo lo que acontecía a su alrededor. Ana se metía hacia adentro. El pelo de Ana era rubio ceniza también, pero lo llevaba con dos coletas, una por encima de la otra y parecía marrón por el color de sus gafas de pasta. Sus ojos eran verdes como los de su hermana aunque más hondos, como si fueran dos pozos en los que podías caerte, oscuros y profundos. Las dos iban juntas a la misma aula, antes no separaban a las hermanas de clase. El pupitre era de conglomerado de madera. Las dos guardaba en él sus libros, apuntes y lápices mordisqueados, mordían y chupeteaban la vida a través de los lápices de punta roja y color amarillo. En casa estaban todos los lapiceros juntos, indistinguibles con la saliva y marcas de dientes de ambas en el mismo cubilete junto a sus lápices *alpino* de colores y sus gomas *Milan* troceadas y erosionadas de tanto borrar. A veces se moría de rabia, celos y envidia de Ada y también la quería y le hacía sentirse mala y sucia, así que pateaba el suelo con sus zapatos y arrastraba los pies por lo arrastrada que se sentía. A medida que empezaron a crecer Ada hablaba más y Ana se volvía más silenciosa, como las dos caras de una misma moneda. Cuando salían al recreo si alguien se dirigía a Ana de manera directa Ada se apresuraba a contestar por ella. Se comportaba como si fuera su ventrílocuo. Ana sólo sabía patear y arrastrar sus pies por el suelo aunque a veces hubiera querido patearle a ella la cabeza. Amor y odio unidos por el cordón umbilical de los ocho años. De alguna manera iban a seguir así unidas. Se quedarían ahí colgadas. Serían un número ocho hasta muchos años después, aunque en este momento no sabían nada.

Ana pidió un perro a los reyes magos, pero en vez de eso y, como una broma macabra o de mal gusto o peor aún con buena intención, le regalaron una correa de perro de color rojo. Quizá pensaron que la utilizaría para sus muñecos de peluche, casi todos de Ada, pero no. Una vez tuvo la correa llegó su presencia. Fue el mejor regalo de su vida. Ella fue la única que podía ver a su perro invisible unido a esa correa roja que tenía hasta un cascabel que sonaba cuando iba por la calle. Mientras Ada jugaba con sus muñecas, Ana paseaba a su perro invisible por la calle. Una vez casi lo perdió, el viento agitó la correa y arrancó un grito de su garganta, lo llamó por su nombre y vino. Los perros invisibles tienen presencia. Se llamaba *Perro*. Ella notaba su presencia y la calmaba. Los ojos de los perros desarmaban a Ana. La mirada de los perros también. Los ojos de los perros tienen más humanidad que la humanidad entera. La humanidad entera no vale lo que vale la mirada de un perro, escribía Ana en uno de esos papeles que arrancaba de sus cuadernos e introducía en ranuras de paredes y oquedades. Sus manías no sorprendían a casi nadie de su familia.

La oveja tenía el cuerpo grande y blando pero el corazón pétreo, pensaba Ana mientras observaba a su madre y sus torpes movimientos. Era una mujer obesa atrapada debajo de sus kilos de grasa mantecosa y que no paraba de hablar con todo el mundo que se le acercaba. Esto conseguía de manera paradójica que nadie quisiera hablar con ella. Ella sólo escupía palabras como balidos sin orden ni destino, palabras y palabras con frases hechas y lugares comunes de conversaciones huecas. Cuando iban las niñas con ella a la parada de la guagua la seguían unos pasos atrás. Se sentían extrañas, no reconocían a esa madre oveja. Cuando sonreía sólo movía la boca, mostrando una sonrisa hueca porque sus ojos no la acompañaban. Asomaba una mirada asustada. Parecía que temiera algo y algo que tenía que ver con las dos niñas, que lo que hacían antes de salir de casa y en el umbral de la puerta, era sacarse la lengua la una a la otra.

Los ojos de su madre enseguida se llenaban de lágrimas ante insinuaciones, comentarios de vecinas, noticias en la televisión y anuncios en la radio, era como si todo la emocionara porque no era capaz de sentir nada. Estaba anestesiada y asustada a la vez, sentía Ana de la oveja, porque las ovejas tienen miedo del lobo. En todos los cuentos que leía Ana pasaba eso. Su boca estaba siempre retorciéndose y lanzando palabras como balas, las disparaba para defenderlas a ellas mientras iba con sus dos niñas satélites del gran planeta-oveja.

El abuelo llegó un día de marzo con el Teide muy nevado aunque ya era primavera. Tenía la barba muy blanca y los ojos muy verdes. Eran iguales que los de Ana y Ada. Enseguida se instaló en la habitación de las niñas porque la casa era muy pequeña. Nada más entrar, su hija, la madre de las niñas, le dio unas zapatillas y una bata. Se puso todo sin rechistar. Cuando llegó el abuelo a casa la oveja dejó de temblar. Fue así. De repente. Dejó de temblar y de estar permanentemente alerta incluso cuando el lobo estaba merodeando en busca de algo que llevarse a la boca. Incluso cuando venía con sus ojillos astutos y dientes afilados, la oveja se colocaba al lado del abuelo y suspiraba. Se suponía que el abuelo estaba loco pero era el lobo el que tenía miedo. Sólo la mirada furtiva de la oveja avisaba de que estaba al acecho.

La oveja parecía harta de fregar todos los días estos suelos, pero que brillante estaba todo, si se podría comer en el suelo, pensaba ella. Ella siempre afirmaba que nadie podía dejarlo tan inmaculado como ella. Cuando su marido entraba en casa suspiraba exhausta y le obligaba a ponerse unas zapatillas o unas calzas. Vivían como en una casa japonesa donde hay que dejar los zapatos fuera. Porque traían la suciedad del mundo. Y esa suciedad se quedaba fuera de casa. El abuelo también estaba obligado y Ana y Ada también. La oveja miraba más a Ana que al resto, sobre todo cuando venía de pasear a su perro imaginario, sabía que se había metido en la hierba y había estado

jugando con otros perros. La miraba de forma escrutadora y le obligaba a quitarse la ropa y a ponerse una bata y unas zapatillas antes que a nadie. Ana obedecía en silencio. La casa estaba llena de fundas de plástico para que el polvo no entrara por ninguna rendija y estropeará los objetos. Existía un culto a los objetos y electrodomésticos de la casa. Incluso la nevera que ya tenía ocho años como las niñas tenía su precinto puesto, cómo el teléfono rojo colgado de la pared y los sofás de la sala. La casa era su gran obra maestra y ella estaba esperando el gran estreno. Ese estreno que no iba a llegar nunca. Las dos niñas, el lobo y el abuelo obedecían el ritual de quitarse la ropa y las botas de la calle y se ponían la bata y las zapatillas en un ritual de limpieza integral. La ropa iba directa a la lavadora y toda la familia se sentía culpable y resignada ante esto pero todos obedecían porque tenían que hacerlo. Parecía que en esta casa todos estaban manchados de manera permanente. Pero el lobo sabía que todo esto era por él y era el que más agachaba la cabeza y quien se mostraba más complaciente en esos momentos.

El lobo tenía una gafas de sol espejadas y un reloj suizo en la muñeca. Tenía la cara hinchada por el alcohol y unas venas rojas que asomaban por su nariz. Se miraba en el espejo satisfecho de su rostro. Se ajustaba el cinturón sobre su abdomen globuloso. Tenía un vientre blando y ondulante como un flan relleno de cerveza y el sonido de abrir su coche le devolvía la confianza en sí mismo y en sus oportunidades de cambiar de vida en el futuro. El lobo salía de caza por las noches. Con su dinero verde cazaba chicas. Iba a cazar a esas chicas que vivían hacinadas en moteles de carretera. Con su boca babeante y sus dientes afilados ya se sabía que se trataba de un lobo pero nadie avisaba a esas chicas del peligro que escondía. Esas chicas no tenían nombre y sí lo tenían, era un nombre raro que ya casi no recordaban, ni siquiera tenían papeles ni tarjetas sanitarias y las movían de motel en motel para que no reconocieran ni las calles de la ciudad donde estuvieran. Para que no pudieran huir. La oveja hubiera debido

avisar del peligro, pero ella misma estaba tan asustada que, cuando salía de caza, sólo podía sentirse aliviada. Ya no iba a ir a por sus niñas. La oveja sólo temblaba cuando lo veía entrar en el umbral de la casa y se apresuraba a darle las zapatillas y la bata con prevención y distancia. A Ana nadie le había avisado del peligro pero ella estaba alerta. Ahora podía dormir tranquila porque el abuelo dormía con ellas. Nunca había sido tan feliz. Su hermana no parecía preocupada lo que inquietaba aún más a Ana.

La niña de la correa de perro dejaba papeles escondidos en las grietas de las paredes de la calle. En una hoja había escrito “Si dejo de escribir, me muero” luego doblaba la hoja cuidadosamente hasta hacerla minúscula y la escondía en una pequeña grieta de un ladrillo de la pared de su mismo colegio tras saltar de la guagua. Ada iba detrás sigilosa y la observaba desde la distancia. Luego las dos entraban corriendo al colegio perdidas entre el bullicio y la algarabía del patio. Escribía frases casi todos los días “mis palabras se quedarán en esta tierra”, “debo compartirlo con todos”. Era su propio muro de las lamentaciones.

El abuelo había sobrevivido a la guerra civil, lo capturaron y, como se quedó mudo y a pesar de las palizas y las torturas de la cárcel, no desveló el nombre de ninguno de sus compañeros. Llegaron a pensar que estaba loco y lo encerraron en un manicomio. El caso es que allí siguió mudo por muchos años y nadie ya sabía su causa. Su mujer harta ya de su silencio y su hija lo visitaban entonces y él sonreía por dentro pero siguió sin pronunciar palabra alguna hasta que un día dijo: “la voz se me apagó”, y llamaron a los médicos que lo examinaron una y otra vez y dijeron algo así como que había sufrido los horrores de la guerra y que tenía un estrés postraumático del que progresivamente había ido saliendo. El caso es que no tenían ni idea, pero tenían que buscar algo que les hiciese entender a ese hombre alto y corpulento de mirada líquida y penetrante que trabajaba en la huerta del hospital psiquiátrico con esmero y amor. Ese

mismo año le diagnosticaron un cáncer, es decir, que cuando vinieron las palabras también vino el cáncer y, de un hospital pasó al otro. Así había estado encerrado en una u otra institución. No vio a su mujer morir de manera fulminante de un infarto en mitad de la calle, ni a su hija transformarse en oveja tras casarse con un lobo. Incluso, cuando dieron al abuelo por terminal, sucedió algo inquietante para la medicina y milagroso para el viejo. El viejo había podido con el cáncer de manera inexplicable, había ido abandonando aquellos órganos donde había decidido instalarse y, como aquel era un centro para paliativos, habían decidido darle el alta. Ahora estaba sano. Qué amarga paradoja cuando uno iba a cumplir ochenta años.

Lo primero que hacía el lobo cuando llegaba a casa era soltarle las coletas a Ana y dejarle el pelo suelto. Ana y Ada las dos desmelenadas sólo se diferenciaban por las gafas de Ana, que el lobo se apresuraba a quitar también. Así la realidad se volvía borrosa, como luego se volvieron los recuerdos, como el reflejo de su cara en el agua, como el reflejo del mar, como el reflejo del agua en los canales de Venecia. El lobo cogía a sus hijas y las mecía mientras babeaba a punto de hincarle el diente a cualquiera de ellas. Esos años pasados se desdibujaron cuando llegó el abuelo. Todo eso se terminó. El miedo, la vergüenza, la culpa y la suciedad que la oveja no dejaba de limpiar, se terminó cuando apareció el roble. El roble entraba en la habitación y el que empezaba a temblar era el lobo. “Me llevo a las niñas a pasear” sentenciaba el abuelo. Y ambas correteaban tras él. Ana tenía que regresar a buscar sus gafas pero el lobo ya se había ido de la habitación de las niñas dejando un reguero de babas por el suelo como un caracol apestoso y maloliente. El abuelo les enseñaba a distinguir los árboles, a mirar el mar, a distinguir las mareas, el sonido de los pájaros, las papas buenas y los tomates. Se sentaban juntos mirando al mar, el abuelo canturreaba canciones para alegrar las

aguas, decía, y las niñas hundían sus pies en la arena de *Las Teresitas*, la gran playa para ellas.

Ana iba a la parada de la guagua mirando al cielo, miraba a las nubes y éstas se deshacían y movían. Ana creía que tenía poderes, era una desintegradora de nubes con el poder de su mente. Hacía experimentos. Un día mientras miraba al cielo se chocó con un árbol, no realizó ningún aspaviento, ni siquiera lloró, gritó hacia dentro, cómo sólo ella podía hacer y la oveja no se dio ni cuenta. Sólo la miraba Ada que siempre sabía lo que le sucedía.

Cuando llegó al colegio ya tenía un chichón. Era redondo y rojo y lo tenía en mitad de la frente. Cuando se miró en el espejo sonrió, se parecía a la nube que había desintegrado. Cuando entró en clase su profesora la miraba con una ternura que cada día crecía sin que Ana supiera bien porqué. La miraba discretamente, de soslayo. Se apretó los labios pero Ana intuyó la pregunta. En el patio Ana se separaba del grupo y se ponía a jugar con su perro imaginario al que metía en la mochila con su correa roja. La profesora se acercó y le llevó una manzana. Ana alargó su escuálido brazo y le tendió la mano agradecida. Dejó un pequeño pedazo para su perro y el resto se lo comió en silencio con la compañía de su maestra que la abrazaba tan bien mentalmente. Ana sentía su cobijo y su calor. Todo era mental, pero ambas lo sentían.

Cuando el lobo acercaba su cara a Ada con sus dientes afilados y su lengua babeante y sus ojos puntiformes, Ana se quedaba de pie petrificada frente a ellos por un dolor que la clavaba al suelo, mientras observaba el cuerpo de Ada moviéndose desmadejado bajo el cuerpo del lobo. La niña humillada se rendía ante la furia del lobo. A lo lejos se escuchaba a la oveja fregando suelos con el mismo ritmo acompasado. En esos momentos la mente poderosa de Ana volaba hacia las nubes, suave, como una de esas bolsas del supermercado pausada pero cogiendo fuerza en cada movimiento del

viento hasta alcanzar el techo de la casa. Podía pasar horas así, inmóvil, en un estado de trance en el que estaba anestesiada. Podía pasar tan desapercibida que cuando su madre pasaba con la fregona y la descubría, se asustaba y chillaba de una manera desgarrada que la sacaba del horror de esas imágenes. Su quejido animal se oía por toda la tierra, sus balidos la despertaban y volvía a su casa inmaculada y sin manchas. Sólo las niñas estaban marcadas por la mancha que nunca se limpiaba, la de la vergüenza, la de la culpa y la de la transgresión. Ella participaba desde la distancia. Cuando se despertaba Ada estaba jugando con sus muñecas y cepillando su melena rubia ceniza. El sol entraba por las ventanas y la galería se llenaba de luz aunque la casa de las niñas estuviera llena de sombras. Ana dejaba papelitos metidos en las hendiduras de las paredes y de los árboles para dejar tras de sí su rastro. Era una huella de su paso por este mundo. Fantaseaba con que recogían las señales años después y era su manera de pintar con palabras todo lo que le estaba sucediendo y que su boca no podía decir. Señales para conseguir que las palabras escritas hablaran por ella.

El abuelo sabía que iba a partir en breve y por eso enseñaba a Ana a pinchar la insulina cuando su pulso se volvió más tembloroso en previsión de lo inevitable. También le dejaba que organizara sus pastillas, la de la tensión y la del corazón, ojo con esa, que podía ser muy peligrosa, ya se lo dijo el médico. Ana escuchaba con atención todo lo que le decía el abuelo. Cuánto lo quería. Era grande y tenía una gran barba blanca, muchas veces hablaba solo y daba miedo a la gente de la barriada. Le llamaban loco a sus espaldas, pero nunca se atrevían a decirle nada de frente. Desde que él llegó el lobo le esquivaba y temblaba a menudo en su presencia, mientras Ada y Ana se quedaban con él todo el tiempo que podían. A veces cogían una guagua hasta Taganana cuando era un día de fiesta o un domingo y veían la cordillera de Anaga y el abuelo era feliz porque se sentía libre. Si estaba loco Ana también quería estar loca como él y



entrenaba su cabeza para controlar las nubes y el sol. Pero mirar al sol hacía que luego estuviera un rato sin ver nada y que el abuelo se enfadara con ella. Ana podía irse de viaje mientras iba de viaje; era un viaje dentro de un viaje y dentro de otro viaje. Ese era el gran juego al que jugaba con el abuelo mientras iban a la playa. Este era uno de los recuerdos más apacibles de sus días de niña. Ana podía sentir tristeza por Ada, pero no era lástima, era una forma de simpatía y comprensión. Era compasión por todo lo que le estaba sucediendo por culpa del lobo. Ana veía, observaba y miraba todo desde fuera, Ana llevaba en su nombre la *N* de negación, era su manera enmascarada de mostrarle desprecio al lobo y su acto de rebeldía interior. Era su salvación, igual que el rastro que dejaba tras de sí en los papelitos que escribía.

Al día siguiente de que el abuelo se muriera plácidamente en su cama Ana echó todas sus pastillas en la copa de vino del lobo y cuando cayó fulminado por el sueño le pinchó además toda la insulina que quedaba del abuelo, todas las cajas. Murió al instante. La oveja presenciaba la escena en silencio. Ya no temblaba.

Si una aprende a hablarse a sí misma, ya sea con el pensamiento, o con el lenguaje, ya no se está sola. La soledad se puede volver demasiado ruidosa, Ana y Ada separadas por una letra que es *N* de nadie y *D* de dolor. Así surgieron las dos mitades con sus ocho años, año en los que primero murió su abuelo y después mató al lobo en un acto de venganza por todo lo que hizo con Ada durante tantos años en presencia de la oveja. La oveja que durante tantos años había sido objeto de su incomprensión y un gran enigma para Ana al intentar descifrarlo. En esa imposibilidad creció la desconfianza y el rencor. Tras morir el lobo y quedarse solas, toda esa incomprensión fue desapareciendo a medida que Ana renunció a saber. En esa renuncia de descifrar un enigma indescifrado, Ana encontró el sosiego. La oveja estaba tan abrumada por el afecto a su hija y por su dolor, tan avasallada por el lobo, que era una mezcla que la

imposibilitaba para la acción y había vivido permanentemente en un estado de pánico constante.

El precio que había pagado Ana por todo esto fue elevado. Vivimos en los demás. Al desaparecer todo ellos sólo queda la orfandad. Todas esas cosas se fueron mezclando en la cabeza de Ana hasta que se hizo una tarta. Era su tarta de cumpleaños de sus ocho años. La tarta que nunca llegó a tener. Se volvió vieja sin pensarlo con solo ocho años y desde entonces era como si hubiera vivido evitando sentir y acostumbrándose a temer el dolor de la vida, evitando cualquier cosa que pudiese ser un presagio de nuevos dolores. Y volviéndose una persona desmemoriada hasta hace bien poco, en que le vino la conciencia de golpe. Y fue un auténtico atracón. Se despertó en el pasado y era otra. Ana era Ada. Ada era Ana. Fue una desazón extrema, algo para lo que no hay palabras, solo la certeza de lo que había estado evitando media existencia.

Ana recuperó la memoria en su viaje de fin de carrera a los veinticuatro años en Venecia. Mientras a Ana se le escapaban las lágrimas al gran canal en un día veneciano de niebla y humedad, Ana recordaba a su hermana Ada con el mismo amor con el que miraba el reflejo de la ciudad en los canales. Venecia era su ciudad por muchos motivos, por todo el dolor y las lágrimas que derramó en el agua de los canales, confundidos con la humedad y la niebla que cubría la ciudad que parecía un fantasma igual que ella. Porque Venecia eran dos ciudades, la real y la reflejada igual que ella era dos personas a la vez, Ada y Ana. Los sonidos rebotaban en el agua y en esa ciudad el pasado se quedaba atrapado. Allí aceptó que su hermana no existía y que había sido creada por su imaginación para poder sobrevivir. Y ese conocimiento suspendido como un espejismo se hundió en su memoria y se quedó allí atrapado y al igual que le ocurrió a su abuelo tuvieron que transcurrir muchos años hasta recobrar el sentido. Ya no tenía miedo.